

Diálogos familiares apócrifos

Los camuflajes (3)

Por ejemplo el de Jacob camuflándose de Esaú (consúltese la Biblia, Génesis cap. 27).

Jacob había nacido poco después que Esaú, una cuestión de minutos, porque los dos era gemelos. Jacob se había agarrado al calcañar de su hermano para tomarle la delantera y escapar el primero del útero materno. No pudo conseguirlo por inexorables leyes de la biología y de la divina Providencia. Sin embargo, Jacob no se resignó a su condición de segundón y con la ayuda de su madre, cuyo favoritismo deja poco lugar a dudas, planteó nuevamente la batalla en un terreno menos determinista: intentó suplantar a su hermano... disfrazándose de su hermano. Pues dicho y hecho: se tapizó parte del cuerpo con una piel de cabrito porque Esaú era muy velludo (¡si fue necesaria una piel de cabrito!...) se vistió con sus ropas, se adobó con sus perfumes, aunque tal vez esos perfumes tengan menos que ver con la cosmética que con la cinegética (Esaú era cazador y olía siempre a caza) y travestido de esta guisa se

presentó ante su padre Isaac que andaba fatal de la vista. El resto de la historia es de sobra conocido.

Lo que allí se ventilaba era la cuestión del derecho a la primogenitura, cosa que ahora no nos interesa; pero lo que apunta en segundo o tercer lugar —eso depende del interés con que uno se lo tome— es este otro aspecto del problema: estamos ante el caso de un hijo que para conseguir de su padre lo que quiere, no tiene otro recurso que disfrazarse de su hermano, es decir, que abdicar en cierto modo de su personalidad y asumir falsamente la del otro. El padre, que era ciego o, si en este caso se prefiere, el padre que no veía más que por los ojos del otro (el otro era su ojito derecho, la niña de sus ojos, etc., etc.) cayó en la trampa y accedió a concederle a su hijo menor lo que siempre le había negado en su condición de segundón: la misma atención, la misma estima, los mismos derechos que a su primogénito.

JOSE LUIS BLANCO VEGA

JACOB

Londres, 24-XII-1972

Sr. Don Isaac...

(España)

Querido padre:

No he dudado un segundo acerca de la manera de encabezar esta carta. Mi cariño hacia ti ha tenido que atravesar por momentos difíciles; sé que al tuyo le ha ocurrido lo mismo. De lo que yo no estoy tan seguro es de que nuestros sentimientos —¿o son resentimientos?— hayan evolucionado al cabo de los años de la misma manera. Incluso me imagino que al recibir esta carta has podido romperla y arrojarla a la papelera; luego, de esto no te avergüences, has vuelto a recomponerla encima de tu mesa y ahora me estás leyendo.

Han pasado cuatro años desde que me vine a Londres y desde que conseguí todo tu apoyo —afectivo, moral y económico— para emprender un viaje que no debía prolongarse más allá de aquel verano. Las razones que me impulsaron a buscarme la vida por mi cuenta y a no volver a casa no tienen, en realidad, nada que ver con la mujer con quien vivo; sé que de esta circunstancia estás bien informado. No sé si, además, los emisarios de noticias te han informado del resto: que trabajo profesionalmente donde siempre he querido trabajar y que el mundo de la música, que fue siempre mi meta, sólo es una evasión para los que pueden acceder a él con menos dificultades de las que tuve yo.

Había venido a Londres para estudiar inglés y colocarme más tarde al frente de la oficina de representación del negocio familiar, una vez que mi hermano Esaú había perdido toda tu confianza. Confío en que, tras tomar la decisión de quedarme en Inglaterra, mi hermano haya recuperado ante ti cuanto yo estuve a punto de quitarle. Esaú es un tipo excelente, demasiado celoso, eso sí, y con pupila más despierta que la mía para los negocios. Si tengo algún reproche que hacerte en defensa de mi hermano, es el de haberme visto obligado a suplantarle como último recurso para que me prestaras atención. Recuerda, querido padre, que antes de comenzar mi plan de «reconversión» (mi cambio de imagen) yo contaba muy poco para ti. Era Esaú tu primogénito, quien acaparaba tu interés. Nos llevábamos solamente un año, pero Esaú llegó al hogar con las horas de adelanto suficientes como para irme a la mano en casi todo: en tu cariño, en tus planes, en tus esperanzas y hasta en las «mejoras» de la herencia familiar. Creí entonces que yo podría vivir mi propio mundo, desentendido de ti y a favor de tu indiferencia, pero me encontré bloqueado. Mis «perversiones musicales», como tú las llamabas, te irritaban sobre manera y cuando luego supiste que había comenzado a actuar en un pequeño conjunto de «rock», cuando mi aspecto externo se puso más a tono con el de mis compañeros (tú solías decir que parecíamos navajeros) tu oposición alcanzó la nota épica. Comenzaron nuestras peleas en casa. Mamá vivía aterrada a la espera de que en cualquier momento se produjera la ruptura definitiva. Mi hermano Esaú mantenía por entonces una actitud de inhibición particularmente molesta, al menos para mí, subrayando en todo caso con sonrisas imperceptibles (las del que está de vuelta sin haber ido a parte alguna) tus intervenciones. Pudo ser esta actitud de Esaú la que neutralizó mis escrúpulos a la hora de amularlo.

La verdad es que todo había empezado de una manera muy simple. Cierta noche en que, como luego en tantas otras, me prohibiste salir a tocar con el conjunto (¡tú nos echaste a pique los primeros contratos!), mamá volvió a decirme: —Hijo, si quieres conseguir algo de tu padre ya sabes el camino: compórtate como tu hermano o renuncia a tus pretensiones.

Aquel era, así de entrada, el consejo más inútil que hubieran podido darme. Y sin embargo ocurrió.

Supongo que hoy día, la decisión de «adaptarme» que tomé en aquel instante resulta de lo más extravagante. Aquí, en el mismo Londres, hay muchachos más jóvenes que yo que se han saltado la familia a la torera sin recurrir a una puesta en escena tan difícil. Me pregunto si, de verdad, aquellos años míos ya eran otros tiempos.

Si un día aparecí, para tu inmenso asombro, vestido de corbata a la hora de comer (era una corbata de mi hermano) fue porque, desde hacía algunos días, yo había empezado a colocarme otras cosas de su pertenencia.

Mi revestimiento comenzó por la fidelidad a tus horarios, los de la comida, la cena, la televisión y la hora de acostarse, tal como había visto hacer siempre a Esaú. Fueron aquellos días en que llegué a darme temporalmente de baja en el «conjunto» y me sentaba a tu lado para ver la televisión y escuchar, sin irritarme, tus aburridos comentarios a cuanto oías y veías. Ya no me levantaba de la mesa con el postre entre los dientes y aguantaba las sobremesas hasta el momento oficial en que anunciabas tu necesidad de echar una cabezadita. Quien primero se cansaba (con qué sorda indignación por tu parte), quien a veces se permitía encender contra tus opiniones la chispa de la disputa, era el primogénito. Y sin embargo, la actitud de mi hermano no era nueva en absoluto sino que, dado nuestro continuo enfrentamiento y la fijación de tus manías sobre mí, no habías tenido tiempo de advertirlo. Y qué alegría la mía cuando al fin te oí cierta noche comentar con mamá:

—Este hijo nuestro (te referías a Esaú) se está volviendo cada vez más tozudo. De un par de meses a esta parte, le está pisando los talones el pequeño. Si hasta parece el mayor...

¡El mayor, el primogénito! por fin lo estaba consiguiendo.

La suplantación total —seguro que no lo olvidas— ocurrió con motivo de tu cumpleaños. Mi hermano Esaú había salido de viaje con el asunto aquel de las importaciones. A la hora de comer, me presenté a la mesa vistiendo uno de sus trajes (yo jamás me había apeado de mis pantalones vaqueros), con el pelo cortado al estilo militar y cuidadosamente afeitado. Recuerdo que al abrazarte me dijiste:

—Ahora sí que pareces un «gentleman», hijo mío. Ahora sí que lo de Londres te podría venir bien. Te empollas el inglés y te promuevo a jefe de ventas ya que lo de los idiomas a tu hermano no le va.

¿Hasta qué punto el cinismo es la coraza más fuerte que podemos superponer a los sentimientos? Porque supongo que en aquel momento debiera haberme estremecido; y, sin embargo, tu actitud no me conmovió como sí, al fin y al cabo, me la debieras.

Mi viaje, a mediados de julio, cumplió primeramente sus objetivos inmediatos: recuperarme a mi mismo, despojarme de un disfraz que jamás me perteneció y demostrarte, desde aquí, que yo podía vivir sin tu dinero (¡con qué orgullo te restituí todos los gastos del viaje!) Trabajé en un restaurante, luego en un mercado... fue la época dura antes de conseguir lo que quería: penetrar en el mundo de la música.

No he vuelto a meter una tijera en mi cabeza ni una navaja en mi barba. Encontrarías mi aspecto desastroso sin que, por otra parte, yo pretenda el desastre. Sencillamente no veo inconveniente en que mis pelos crezcan por donde tienen que crecer, aunque también es posible que ellos sean el último reducto de mi actitud beligerante. Si esto es así, espero, al acabar esta carta, ponerme en manos del primer peluquero que me encuentre. Interpretalo como un gesto de buena voluntad porque temo haberme desviado del propósito de mi carta: quería suplicar tu perdón y me temo que lo que acabo de hacer ha sido convencerme de que no tienes nada que perdonarme. Si ese es tu sentimiento al acabar de leerme, vuelve a hacer lo que hiciste: rompe la carta, pero ahora en mil pedazos.

Tu hijo.

Jacob

EL CABALLO DE TROYA

El presentador

El caballo de Troya logró colarse en casa de los Martínez con el mismo aire de inocencia con que se cuelga en todas partes. Le quedó esa habilidad desde que los griegos lo dejaron como regalo a las puertas de Troya. Luego, los troyanos, poco avisados ellos, se encargaron de introducirlo en la ciudad; del resto de la función quien se encargó fue el caballo.

Pues resulta, como ustedes ya saben, que el caballo venía más cargado de lo que imaginaban los troyanos.

En casa de los Martínez, salvando todas las distancias, el caballo estuvo a sus anchas. ¿Que cómo se introdujo en el recinto doméstico? Pues parece mentira.

Resulta que el señor y la señora Martínez, que tenían dos hijos...

(A medida que EL PRESENTADOR los nombra, los personajes, que permanecen sentados alrededor de la mesa, se supone que la mesa del comedor, se van levantando, saludan al público y vuelven a sentarse)

... el niño de catorce y la niña de quince años; que tenían además en la casa a la abuela, madre de la señora y, por si fuera poco, a Manuela la criada... El señor y la señora Martínez, que como ustedes verán, tenían sus problemas (eso sí, más o menos ocultos para el resto de la familia), acaban de regresar de un cursillo sobre problemas y métodos de interrelación familiar. Y aquella tarde, ¡los dioses la confundan! se habían dispuesto a practicar con toda la familia alguno de los juegos que constituían parte del programa.

El juego era muy sencillo y prometía, a la par que un sano esparcimiento, un excelente resultado como terapia grupal. Se trataba de intercambiar los roles familiares, o sea que los papás pasaban a ser los hijos, los hijos los papás, la criada la abuela y la abuela la criada. La finalidad del entremés era doble: que cada uno se viera reflejado en el espejo del otro y que cada cual asumiera durante una hora la situación del otro, vean la rara astucia, porque de todo ello debería salir el reconocimiento de los propios defectos y una mayor comprensión de la situación del prójimo. Pero, ay, algo debió de fallar en la base del método porque el caballo de Troya, una vez instalado en el comedor familiar, comenzó a soltar guerreros armados hasta los dientes. O ya me dirán ustedes...

LA HIJA: *(interviene en su papel de LA MADRE con un tono particularmente irritado y se dirige, efectivamente a LA MADRE)*

¿Te has lavado las manos? No, claro, a tus años no hay por qué lavarse las manos para sentarse a la mesa; prefieres pintarte las uñas cuando yo no te veo. Si ya me lo han contado, si aquí las cosas vuelan, hija mía, que andas por los cafés con unas uñas de tanguista. Anda, enséñaselas a tu padre.

LA MADRE: *(Oculta las manos debajo de la mesa con un movimiento instintivo)*

¡Pero niña, podías haber elegido otro tema!

EL HIJO: *(En su papel de EL PADRE y dirigiéndose a LA MADRE)*

No contestes a tu madre que te llevas un guantazo. A ver esas uñas que me estoy mosqueando.

LA MADRE: *(Un tanto asustada por el giro que toman*

las cosas. Se dirige a EL PADRE).

¡Pero Mariano!

EL PADRE: *(En voz más baja a LA MADRE)* Al fin y al cabo en lo de las uñas de tanguista allá os andaréis la niña y tú. *(Cambia el tono y se pone en su papel de EL HIJO).* ¿Qué me decías, hermanita?

LA MADRE: ¡Es que estos niños han cogido una marcha...!

LA HIJA: *(En su papel de LA MADRE no quiere perder la ocasión).*

¡Y no me repliques que eso ya se acabó!

(Se dirige a EL HIJO como si fuera EL PADRE) ¿No la estás oyendo? Si es que ya no puede una decir una palabra sin ponerle una póliza.

EL HIJO: *(A LA MADRE).* Niña, al cuarto de baño y a trabajar por tiempos: primero te lavas las manos, luego te quitas esa pintura de las uñas y luego te las cortas hasta que te escuezan los dedos.

LA MADRE: Pero bueno, ¿es que estos chicos se lo están tomando en serio?

EL PADRE: ¿En qué papel estás ahora, que yo ya no me entiendo, en el de la madre o en el de la hija?

EL HIJO: *(En su papel de EL PADRE, aprovechando la ocasión).* ¡Que yo ya no me entiendo, que yo ya no me entiendo! Como si eso fuera novedad en tu prodigiosa cabeza.

LA MADRE: ¡Niño!

EL PADRE: *(Intentando seguir el juego).* ¡Pero papi!

LA MADRE: ¡Ni papi ni garambainas! ¡Que hemos empezado mal, Mariano, pero que muy mal, de lo peor! Que estos hicos son unos descarados y se están aprovechando.

EL PADRE: ¿Lo dejamos entonces?

LA CRIADA: Ya decía yo que no me caería a mí esa breva.

LA ABUELA: ¿Qué breva?

LA CRIADA: Que a mí ya no me saca de mi papel de criada ni Rafaela Aparicio.

LA ABUELA: Pues anda que a mí...

LA CRIADA: ¿A usted qué? Al fin y al cabo usted es la madre de la señora y son las dos a mandarme.

LA ABUELA: ¿Pero la estás oyendo, hija mía?

EL PADRE: ¡Silencio todo el mundo!

EL HIJO: O sea, lo de siempre.

LA HIJA: ¿Y tú qué te creías?

EL PADRE: Propongo que volvamos a empezar.

LA MADRE: Entonces déjame a mí que establezca unas reglas. Esto va a ser un juego, ¿os enteráis? Un juego y no un juicio de faltas. Aquí nadie se aprovecha de nada para poner verde a nadie... y menos poniéndose por montera el cuarto mandamiento.

EL HIJO: ¿Y de qué va el mandamiento ése?

LA ABUELA: *(Se santigua escandalizada)* ¡Pero qué les enseñan a estos niños en el colegio, cielo santo?

LA MADRE: Va de vuestra obligación de honrar padre y madre.

LA HIJA: O sea que éste y yo llevamos las de perder.

EL PADRE: En mi opinión, digo yo...

LA MADRE: Mira, Mariano, como empezamos con tus opiniones nos van a venir a cantar las mañanitas.

EL PADRE: Tampoco exageres, Gloria, que lo que yo iba a proponer sólo era otra manera de empezar. Creo que el

primer diálogo lo debieran mantener las dos personas más externas al grupo, es decir, tu madre y la criada.

LA ABUELA: ¿Lo estás oyendo, hija? ¡Las más externas al grupo! Lo que yo me suponía, que este marido tuyo me ha querido tener siempre al nivel de la fregona. No, si por si no estaba claro...

LA MADRE: ¿Quieres callarte, mamá?

LA ABUELA: ¿Que si quiero callarme? ¿Eso es una pregunta? ¿Pues, qué otra cosa vengo haciendo desde que vivo con vosotros sino apretar los dientes?

EL HIJO: Pues ten cuidado abuela, que los tienes postizos.

LA MADRE: (*Largándole un revés*). ¡Vergüenza habria de darte!

LA HIJA: Te lo has ganado, hermano.

EL HIJO: (*Se levanta dispuesto a marcharse*). Yo me largo.

EL PADRE: (*Interviene en un tono exageradamente autoritario*). ¡Tú te quedas!

LA MADRE: Menos mal que te pones a tono.

(*EL HIJO se sienta refunfuñando*).

EL PADRE: Sería una vergüenza que no fuéramos capaces de plantearnos un juego que esta misma noche se estarán planteando todas nuestras amistades... vamos, quiero decir...

LA HIJA: Toda la progresia de la escuela de padres.

LA MADRE: (*A EL PADRE*). ¿Le arreas tú o le arreo yo?

EL PADRE: Vamos, mujer, que tampoco es eso, que siempre nos apeamos a los mismos argumentos. Apenas empezamos y ya estamos de punta. Creo que deberíamos comenzar por un ejercicio de relajación.

EL HIJO: (*A LA HIJA*). Prepárate que ahora hacemos el Kung-Fu.

EL PADRE: Nos vamos a concentrar unos momentos y vamos a respirar hondo, muy tranquilamente, soltando el aire poco a poco como si...

LA ABUELA: Como que tengo yo los bronquios para eso. A mi me controláis el respiro y, vamos, me da el pismo.

LA CRIADA: Aparte de que a usted se le oye el fuelle desde la escalera.

LA ABUELA: ¡Descarada!

EL PADRE: Vamos, vamos, todo el mundo en silencio. Ahora atentos a la respiración: inspiración... expiración... inspiración... expiración...

(*Baja la voz como intentando sugestionarlos a todos*)

Así, lo veis? Ahora comenzamos el juego: la abuela es la criada, la criada es la abuela... Interviene la criada como si fuera la abuela.

LA CRIADA: (*Imitando a LA ABUELA*) ¿Dónde diablos me habrá metido las gafas esta tonta de Manuela? ¡Uy, pero si las llevo puestas! De todas maneras, lo de tonta dicho está.

EL PADRE: (*Dándole la entrada a LA ABUELA*). Ahora la abuela es la criada.

LA ABUELA: (*Imitando a LA CRIADA*). La verdad es que no tiene nada de raro que la señora no sepa dónde pone las gafas, porque si ésta no es la casa de Tócame-Roque que venga Dios y lo vea. Y ahora recuerdo, ay Señor, que un día le metí las gafas en la lavadora.

LA CRIADA: (*Imitando la voz de la abuela pero, evidentemente, al ataque*).

¡Claro que la tonta de Manuela no tenía ninguna culpa de que yo hubiera dejado las gafas en un bolso del camión!

LA ABUELA: (*En el mismo tono*). Aunque el camión de la señora resulta que no tiene bolsos.

LA CRIADA: (*Id*). Entonces, seguramente se me extraviaron entre los refajos. Como ando siempre tan forrada...

LA ABUELA: (*Id*). Y qué razón tiene la señora en pertrecharse de refajos. Es el único sitio donde puede tener a salvo la cartera. Y es que a una servidora eso de la sisa le viene de familia. Si tengo yo unas manitas...

(*Acción de robar*)

LA CRIADA: (*En franca agresividad*). ¡Pues anda que las mías! La de veces que me ha sorprendido esa tonta de Manuela hurgándole en los bolsillos a mi yerno con la disculpa del quitamanchas.

EL PADRE: ¡De modo que...!

LA CRIADA: (*Siguiendo el juego*). Y no sé por qué me enfado cuando me llama urraca por lo bajo.

LA ABUELA: ¡Ay, que me da el sofoco!

EL HIJO: Inspiración... expiración... inspiración...

LA MADRE: (*Histérica*). ¡Basta, basta, basta!

EL PADRE: ¡Ca! Ahora soy yo el que se empeña en continuar y me va usted a aclarar, querida suegra, qué se le ha perdido a usted en el fondo de mis bolsillos!

LA MADRE: ¡Niños, a la cama!

LA ABUELA: No, déjalos que me oigan, que se enteren de la clase de padre que les cayó en la lotería.

LA MADRE: ¡Te lo ruego, mamá!

LA ABUELA: ¿Que qué se me ha perdido en el fondo de tus bolsillos? ¡La honra de esta casa!

(*A LA MADRE*). ¿Sabías que este gallo de corral se cartea con una de esas que llamas tú tanguistas y que la muy tunanta le encabeza las cartas llamándole pichón?

LA HIJA: ¡Uf, qué antigua!

EL HIJO: ¡Menudo pájaro!

LA MADRE: (*Llorando, intenta marcharse de la mesa*). ¡Qué vergüenza!

LA CRIADA: ¡Si a una no la pusieran en el disparadero...!

(*Los personajes se han pisado las réplicas unos a otros*)

EL PADRE: ¿Y sabía usted, señora, que esa carta...

LA MADRE: ¡Mariano!

EL PADRE: ... antes de que llegara a mi bolsillo la saqué yo del bolsillo de mi jefe...

LA ABUELA: ¿Cómo?

EL PADRE: ¿... y anda usted tan cegata que ya no reconoce ni la letra de su hija?

(*EL PADRE ha sacado una carta de su bolsillo y se la pone a LA ABUELA ante los ojos. La escena se inmoviliza en un auténtico shock.*)

EL PRESENTADOR.—(*Suspirando*). Y Troya fue destruida. Si me detengo aquí es por no incurrir en el morbo de los reporteros de guerra a quienes tanto les gusta cebarse en los detalles espeluznantes. Aunque, después de todo, aquí apenas se notan.

Manuela no ha perdido el empleo porque era la criada de toda la vida. La abuela se pasa las horas muertas calcetando en silencio. Los chicos, bueno, los chicos, ya se sabe, *passan* mucho de todo... Y en cuanto a los Martínez son, al fin y al cabo, un matrimonio moderno y saben comportarse civilizadamente... por lo menos si no se empeñan en jugar.

Y con permiso de ustedes, me llevo el caballo.

(*Hace el ademán de cogerlo por las riendas y sacarlo de escena*).

FIN